

UN AMIGO MENOS: DON ABRAHAM RUIZ JIMÉNEZ, ERUDITO LOCAL

JULIÁN GÓMEZ DE MAYA

Resumen: Las presentes páginas quisieran servir de homenaje al académico correspondiente de la Real de Alfonso X el Sabio y cronista oficial de Cehegín don Abraham Ruiz Jiménez (26-IV-1923/1-V-2023), repasando al tiempo su recorrido vital e historiográfico.

Palabras clave: Abraham Ruiz Jiménez, Real Academia Alfonso X el Sabio, académicos, cronistas oficiales, Cehegín.

Abstract: These pages would like to serve as a tribute to the corresponding academic of the Royal Academy of Alfonso X el Sabio and official chronicler of Cehegín Mr. Abraham Ruiz Jiménez (April 26th, 1923 - May 1st, 2023), reviewing at the same time his vital and historiographic journey.

Key words: Abraham Ruiz Jiménez, Royal Academy of Alfonso X el Sabio, academics, official chroniclers, Cehegín.

Centenario, en *Cehégín, su pueblo y el mío, se me ha muerto en este mayo Abraham Ruiz Jiménez, con quien tanto quería...* Se me dirá que no ha sido en Cehégín, que ha sido en Murcia: mentira. No prestemos oídos a lenguas livianas. Su corazón no ha vuelto a trasponer ni el puente de Hierro ni el de Piedra desde que llegara acá siguiendo a la novia en la Nochebuena de 1943...

Otros amores, por Clío, siempre en un tono conscientemente menor, le auparon a la dignidad de académico correspondiente de la Real de Alfonso X el Sabio, a la de cronista oficial del pueblo en que avecindó ese enorme corazón, los dos orgullos mayores de cuantos le fue dado gozar en el ejercicio de tales afectos o inclinaciones, pero jamás abdicó de su íntima stirpe de erudito local en un sentido noblemente clásico, a la antigua usanza: husmeador tenaz y refractario a cualquier acepción de personas o hechos inquiribles, devoto por igual de testimonios orales que de las fuentes documentalmente fijadas, laborioso y humilde, entusiasta y autodidacto, tan solo diletante o epicúreamente investigador, contentadizo con el *ars gratia artis*, desentendido de oropeles que, no obstante, apreciaba no tan solo cortés, sino hasta muy bien agradecido, mas siempre sin cuidar demasiado de las vanaglorias del mundo impreso y camarillesco...

Vista su primera luz al tiempo que el general Primo de Rivera se encaramaba al poder —pocos meses antes, un verano de por medio—, acaba de irse ya de una España que desde entonces ha visto correr todo un siglo y se ha ido tan lúcida y confortadamente como aquel don Rodrigo, maestre de Santiago y condestable de Castilla, en su hora prerrenacentista: «así, con tal entender / todos sentidos humanos / conservados, / cercado de su mujer, / de sus hijos y hermanos / y criados, / dio el alma a quien se la dio, / el cual la ponga en el cielo / en su gloria, / y aunque la vida perdió, / dejonos harto consuelo / su memoria». A Abraham ya no le quedaba sino su hermana política, criados no los tenía, pero todo lo demás le cuadra sin mayor disonancia: sus sentidos humanos conservados, cercado por su mujer e hijos, la *fe profunda* que siempre llevaba a gala y... el cierto consuelo que su memoria nos deja.

En otra sazón dejó expuesto acerca de Abraham Ruiz Jiménez cómo, «habiendo conocido a este más de treinta años atrás, en los machadianos días azules de la infancia, solo tras el fallecimiento de un muy allegado ascendiente mío y querido amigo suyo, me reencontré con él, por lo que bien puede asegurarse que su amistad me ha venido por herencia, el mejor de los bienes relictos». Al año siguiente de esta pérdida común, en 2010, daba a la stampa su *Crónica breve de una familia extensa*, de la cual tengo a la mano el ejemplar que quiso reservarme, con una emotiva dedicatoria: «a mi amigo Julián, *per se* y en el recuerdo de su

abuelo Julián, cuya sombra aún perdura en la cuesta del Parador, a la que dio vida durante tantos años». Empero, más allá de tales significaciones personales, en aquel Casino ceheginero al que me llevó él en la primavera de 2017 para dar una conferencia, luego impresa, glosaba yo su figura con las siguientes palabras:

Abraham Ruiz Jiménez es, todavía y a Dios gracias, el último erudito local, pertenece a esa especie que [...] Alemán Sainz contempla en extinción [...]: el erudito local (permítaseme el excurso) no puede ser historiador de carrera, sino autodidacto amigo del rebusco, ni se entiende bien su husmeo en esta era cibernética de archivos catalográficamente descritos y hemerotecas digitalizadas, ahora que la genealogía ha ido importando cada vez menos en lo social o que la curiosidad por los tiempos pretéritos se ha extendido con amplitud cuantitativa y cualitativa, cuando la selecta confidencia en la tertulia de alguna rebotica se ha visto reemplazada por la vulgarización a través de redes virtuales de comunicación y otras posibilidades informáticas... Al fin, el erudito local —Ruiz Jiménez, sin ir más lejos— hoy ha devenido cronista oficial de su localidad, institucionalizada así la venerable función...

El pasado mes de diciembre un servidor le reunió los versos desperdigados en sus prosas con los inéditos en un librito cuya impresión iba a aceptar enseguida de mil amores Juan Martínez García, concejal de Cultura en el consistorio de la Casa de Jaspe. Meditaba uno en el prólogo en torno a cómo «Abraham no blasona de nada, ni aun de lo que más pudiera: hoy lleva sobre sí ante todo el marbete de cronista local, honrando el cargo más incluso que el cargo a él, y atrás en el tiempo van quedando cada vez más lejanos otros timbres de difusión cultural, de estímulo socioeconómico... que Cehegín nunca debiera echar en el olvido, aunque él mismo bien poco hace por desempolvarlos ni airearlos». Prácticamente, planteadas estas dos ideas —el cariñoso trato con que me favoreció, su sencilla alcurnia intelectual—, pudiera dar ya por concluido mi memento y bien puede creérseme que no tengo el ánimo ni el ánima para mucho más. Comoquiera, si en las presentes circunstancias pide el uso un repaso a la trayectoria vital y productiva de la personalidad evocada, concédaseme el sentimental alivio y aliento de dejar que, en cuanto cronista, lo sea Ruiz Jiménez de sí propio, como otro Cid ganador de postrimera batalla... («vencilos [...] desde que yo muerto encima de mi caballo» —reza su epitafio en San Pedro de Cardeña—), atentos a lo que de sí dijera en las cubiertas o entrañas de sus publicaciones, incluso en alguna entrevista. Leemos, así, en la obertura de los *Cuadernos Murcianos* de Velasco que le albergaron en origen «De la ópera ceheginera» (porque tras aquella de 1980 hay reedición autónoma de 2003):

Nació en Munera (Albacete) el día 26 de abril de 1923 y su infancia se deslizó entre Hellín y Caudete, de la misma provincia. Su padre era Director de Grupo Escolar y, a su fallecimiento, en los años 1937-38 recaló en Murcia, a la que continúa muy vinculado, pese a desplazamientos a otras poblaciones, siguiendo a su familia y para cursar estudios. Desde muy niño sintió aficiones literarias. En su adolescencia comenzó a publicar, quizás siguiendo el ejemplo de su padre y de su tío, de igual nombre que simultanearon sus profesiones con el periodismo y la literatura. Tío suyo fue, también, Federico Alcázar, a quien trató mucho en su etapa estudiantil de Madrid por los años 40. Contrajo matrimonio en Cehegín, donde ha residido muchos años, y al que se siente vinculado. Allí fue corresponsal de periódicos y agencias —entre ellos *La Verdad*— publicando muchas colaboraciones en revistas de apostolado y literatura, así como en otras publicaciones de la provincia. Tiene editados dos ensayos: «El Obispo Caparrós y López» —cuya figura redescubrió— y «Cehegín en su transformación». Ha pronunciado conferencias sobre temas históricos regionales, de apostolado y de relaciones humanas, así como pregones de fiestas y en juegos florales. Desde hace dieciocho años reside en Murcia y profesionalmente es jefe en una importante Caja de Ahorros. En este opúsculo se presenta como *Alcázar de Iranzo*, apellidos familiares que le son muy queridos. El primero, paterno, y el segundo, ya perdido, corresponde a un hidalgo labriego que recaló en estas latitudes después de haber ido con los conquistadores de Aragón y de La Mancha.

Sobre la solapa de *Tú, acogedor Cehegín, y otros temas* se nos aclara aún en 2003 cómo «para separar su quehacer profesional (actualmente jubilado) de la actividad o aficiones literarias y de investigación de la historia local, comenzó a firmar sus escritos como Alcázar de Iranzo»: que no pudo consumarse tan porosa separación nos lo certifica este mismo libro al aparecer con doble firma, tanto el nombre civil como, debajo y reducido, el pseudónimo. Alcázar —ya nos lo ha contado— es apellido paterno y su exhibición apelativa proyecta un palpitante y nunca amenguado —en mil expresiones— agasajo filial, toda vez que la ausencia del hacedor de sus días se le hizo presente durante el resto de cuantos —muchos— le restaban por transitar: hoy, en la Casa del Padre, ya está, por fin otra vez, también junto a su padre en la sangre... La tragedia se dilatará así, pues, en un determinante influjo, por cuyos derroteros la mencionada *Crónica breve* ahonda, con melancólica delectación, hacia la etopeya del intachable progenitor, Aurelio Ruiz Alcázar, quien...

Nació el día 6 de septiembre de 1887 [...]. Desde muy joven ejerció dos actividades muy queridas por él: la docencia y el periodismo, que le acompañarían toda su vida.

Cursó estudios de Magisterio Elemental, únicos que se impartían entonces en Albacete y años después los de Magisterio Superior en Murcia.

[...]

Escribió varias novelitas y obras de teatro para escolares, y dominó el género poético, siendo premiado en certámenes y juegos florales.

En Hellín, que por razones familiares visitaba con frecuencia, gozaba de un gran prestigio por sus participaciones en actividades literarias y culturales, contrajo matrimonio con Teresa Jiménez Hernández, el día 29 de diciembre de 1917, tras haber ganado las oposiciones de ingreso en el Magisterio Nacional por el Distrito de Oviedo, al no convocarse en el de Valencia, que correspondía a esta área geográfica.

Tras de ello, fue maestro de las provincias de León, Córdoba, Albacete (Munera y Hellín) y director escolar en Hellín (interino, en el Grupo Escolar «Martínez Parras») y en Caudete (propietario, G. E. «Lorenzo Luzuriaga»).

Desempeñó cargos societarios profesionales, entre ellos, la presidencia de la Confederación Nacional de Maestros y en la Cruz Roja Española.

Murió el día 29 de septiembre de 1936, en una carretera del término municipal de Almansa, tiroteado por las milicias del Frente Popular, en unión de siete mujeres, que ya son Siervas de Dios, y de otros seis hombres.

[...] (He de advertir que él era un probo funcionario a servicio de la República, consciente de sus deberes y en aquellos días se inscribió en el partido Izquierda Republicana.)

Contaba el huérfano con trece años de edad: si no bastase la regular intuición del dolor y desamparo subsiguientes, todavía cabe sopesar el impacto de la desgracia mediante la lectura del poema «A mis padres», ofrecido por Abraham en la entrega inaugural —año 2013— del cuadernillo poético *Cuernos de la Luna*, luego vertido al antedicho poemario *Una caja de versos*. Asimismo, su comparecencia en el homenaje al académico Ortuño Palao incidía negro sobre blanco en la relación paterno-filial, desdoblada en otra discipular, a la vez que se nos procuran pormenores de la formación del Abraham mozuelo:

Mi padre, que era una destacada figura del Magisterio Nacional y maestro en Hellín, tierra de sus raíces paternas y de mi madre, opositó el año 1933 a plazas de Directores de Grupo Escolar de seis o más secciones y, por razones que ahora no son al caso, pidió la vacante existente en Caudete, población más próxima a Hellín, y en la provincia de Albacete. Tanto en una como en otra población, de sus

últimos destinos, se ocupaba también de la preparación de estudiantes de Bachillerato y de Magisterio, por libres. Por eso yo cursé con él los tres primeros años de la Segunda Enseñanza, pero ante el curso de 1935-36 en que cumplía los 13 años quiso que me *foguease* en el trato con profesores y en la relación con otros alumnos, y obtuvo permiso para que pudiera asistir como oyente a las clases de 3^{er} curso en el Instituto de Yecla, en el que había iniciado tales disciplinas, para lo que me desplazaba en el coche de línea que hacía el trayecto La Encina-Caudete-Yecla.

En el volumen *Mis antepasados escritores* es donde con mayor detenimiento aborda la dimensión poligráfica, en el primer capítulo, de «Aurelio, la lírica fecundidad martirizada (1887-1936)»; por no alargar más la semblanza de este, contentémonos con releer el postrero parágrafo:

Llegado el 18 de Julio, a punto de salir la familia para las vacaciones veraniegas, se retrasó la marcha, lo que comunicó al Alcalde socialista, don José Camarasa Varela, y pasamos dos meses en la casa de campo, extramuros, recordada con tanto cariño, de la familia Molina. Con frecuencia nos acercamos al pueblo y él por el Grupo, por alguna contingencia. Comenzó el curso escolar, se incorporaron los maestros, y el día 13 de Septiembre, al mediodía, fue detenido, con otros dos maestros, por milicianos del Frente Popular, ingresado en prisión habilitada, que de Convento de Carmelitas fue Cuartel de la Guardia Civil; estuvo hasta el día 29 de Septiembre en cuya madrugada, con la denominada *saca de los catorce*, fue asesinado en la carretera de Almansa. Conocida la noticia, causó estupor en las autoridades de Albacete [...]; en sus amigos y compañeros, de significación republicana. La estulticia y el odio de aquellas pobres gentes, a quienes siempre perdonamos, acabó con la vida de un albaceteño cabal, de un periodista nato, de un educador ejemplar.

A la madre, Teresa Jiménez Hernández (1891-1982), en aquella misma crónica familiar la evoca bajo la luz trágica, opresora, de la tan fatídica alborada otoñal de 1936, festividad de los Santos Arcángeles, y de su proyección ulterior...

Quienes la conocieron en los años de felicidad familiar, no se hubieran imaginado el cambio que soportó a raíz de la muerte de su esposo, pues se convirtió en un espectro de sí misma por la grave enfermedad mental que la invadió y que le duraría, con intermitencias, hasta el resto de su vida, si bien tuvo temporadas de bonanza con los tratamientos a que fue sometida desde que, acabada la contienda, regresó mi hermano, que vivía en casa, con ella, volvió la paz, se fue alimentando, y se convirtió en una guapa «anciana», hasta el extremo

de defender el modesto negocio [un estanco en Cartagena]. Al final de los días recayó de la enfermedad mental y falleció a los 91 años.

[...]

¡Qué diferencia de mujer!, la que teníamos y la del tiempo que duró la Guerra, cuyas horas de cada día las pasaba diciendo:

—Aurelio, ¿por qué te has ido y me has dejado?

A partir de ahí, convulsivamente volteado el amparo y sosiego hogareño, algo habrá que decir de su búsqueda y desempeño profesional, de la vida familiar que constituyó por sí y —tan preocupado por estas al radicarse en Cehegín— de su balance en cuanto publicista. Sobre el primer aspecto, repasaba en entrevista concedida a Antonio Peñalver:

Yo había cumplido trece años y tuve que hacerme cargo de la familia, mi madre, que enfermó mentalmente y hermana, pues mi hermano, que estaba estudiando derecho en Valencia, no apareció hasta terminada la Guerra.

[...] Salimos de Caudete ante el sentimiento de la gente, por la muerte de mi padre. Regresamos a Hellín con la familia materna hasta el final de la Guerra; yo pasé alguna temporada en Albacete con mi tío y padrino Abraham, y al regreso a Hellín me coloqué como *maestro rural* y enseguida en una —un tanto extraña— oficina titulada *del combatiente* en un bajo incautado, montada por un miliciano mutilado casi analfabeto, que necesitaba un joven (ya había cumplido catorce años) que supiese escribir a máquina para pedir a las unidades militares informes sobre los combatientes de los que sus familias carecían de noticias. Me pagaba 300 pesetas al mes y me daba de los alimentos (pan, aceite, carne, hortalizas, etc.) que le llevaban las familias del campo. Se portó muy bien conmigo y lamenté mucho que un Consejo de Guerra le condenase a muerte terminada la contienda, pues había tomado parte en muchos de los *paseos* en Hellín y cercanías.

Regresó mi hermano, que se había pasado por el frente de Teruel a la llamada Zona Nacional, y como había hecho los cursos tenía la graduación de Alférez provisional. Cuando se licenció, ingresó en el recién creado Cuerpo Superior de Policía y se hizo cargo de la familia trasladándonos con él a Madrid.

A los dos años fue destinado a Murcia pues quería terminar la carrera de Derecho que había iniciado en Valencia y el servicio en Madrid se lo impedía.

Su colocación de entrada en el mercado laboral fue, pues, como improvisado maestro de rudimentos y escribiente barbilampiño en esa Oficina de

Excombatientes de Hellín; luego, ya definido el rumbo ocupacional al cursar estudios contables y empresariales en el Madrid de posguerra (Instituto Pramer e Instituto Católico de Administración y Dirección de Empresas), trabaja como administrativo en la sede matritense de Neumáticos Continental y después, tras haber mudado de residencia, en la Agrupación de Conserveros de Murcia. Prosigue relatando a Peñalver:

Fui un estudiante mediano, pero un gran lector. Terminados los estudios primarios en el Grupo Escolar de Caudete, me preparó mi padre para el ingreso en el Bachillerato en el Instituto de Yecla, poblaciones muy cercanas, y así hasta tercero en 1935/36. En el curso 1939/40, terminé Bachillerato en el Instituto de Albacete.

Fui a Madrid para preparar algo y trabajar. Me coloqué muy pronto en una empresa alemana y multinacional, la famosa Continental, y decidido que mi futuro iría hacia las empresas, asistí a los cursos de Areneros en clases vespertinas y me diplomé en alta contabilidad en el Pramer.

Los fines de semana asistía al Instituto de Cultura Religiosa Superior (actual Universidad San Dámaso), por cierto que coincidí con personas que serían, posteriormente, destacadas figuras en la política.

Como durante los años 1940 al 42 había trabajado en Hellín como Auxiliar de Procurador con un familiar que ejercía tal profesión, cuando llegamos a Murcia, en el año 1945 asistí a la Facultad de Derecho como oyente y preparado por mi hermano de las asignaturas de las que debería examinarme en la Audiencia Territorial de Albacete para obtener el título de Procurador, lo cual no llegué a efectuar pues mi vida tomó otros derroteros.

Ya en Murcia, años después, me hice, con pruebas en Madrid, Técnico en Relaciones Humanas y Públicas, lo que hoy se conoce como Técnico en Protocolo.

En adelante, vendrán ya sus crecientes responsabilidades —arriba insinuadas— dentro de la Caja de Ahorros del Sureste de España (al presente, tras varios renombramientos, ya absorbida, como término de un proceso liquidador, por una u otra magna entidad bancaria...), así como su integración en Acción Católica y, a través de ella, el consecutivo acceso a una vocalía del Consejo Diocesano. Empleado de primeras en Cartagena, pasa a Cehegín en 1949 para hacerse cargo de la oficina que la Caja abría en la población, siendo su primer director; algo de este período profesional tiene rememorado Ruiz Jiménez en la ya invocada entrevista y en el arranque de *Cehegineros en el siglo XIX*:

También en aquellos años tuve ocasión de asistir a unos cursos en la Caja de Ahorros del Sureste de España, y quedé seleccionado para cubrir plazas conforme se fuera ampliando la expansión, lo que me sirvió cuando llegó la hora de abrir en Cehégín, que fue la oficina 26 [...].

La Caja de Ahorros del Sureste de España era una entidad benéfico-social que con los ahorros populares, incrementaba la economía de las poblaciones de su actuación y ejecutaba actividades de índole socio-cultural. Fue modélica.

En Cehégín hizo tantas cosas (mejora de cultivos, revestimiento de acequias, fomento de pequeñas empresas, mecanización de los jornaleros para ir al monte a por leña y a los lugares de trabajo, financió La Verja —aunque desapareció por otras razones— y creó el Aula de Cultura). Ello le valió que el Ayuntamiento presidido por mi querido amigo Juanito Peñalver, le concediera la Medalla de Oro de la Ciudad.

A partir de 1949, comenzó la mecanización con la presencia de una entidad financiera popular y benéfica que facilitaba el acceso a la compra de bicicletas con porta-equipajes, mediante el pago de unas amortizaciones mensuales muy asequibles.

Agréguese a esto, como logro no menor, la articulación de dicha Aula de Cultura *Román Bono Marín*, de tanto impacto divulgativo por aquellas calendas en la villa del Argos y el Quípar. Revive Abraham:

La Caja de Ahorros del Sureste de España abrió su oficina n.º 26 el día 9 de septiembre de 1949, [...] en los bajos de una casa señorial sita en la antigua calle Obispo Caparrós, y muy pronto, siguiendo el ejemplo de las oficinas en Alicante, Cartagena, Murcia, Yecla, Cieza, y alguna más, comenzó a celebrar actos culturales que acogían los salones del Casino. En uno de los viajes que el fundador y Director General de la Caja, don Antonio Ramos Carratalá, efectuó a Cehégín para pronunciar una conferencia, observó el interés que el público tenía y autorizó que se buscara un solar o casas ruinosas para adquirirlas y acometer la edificación de una sede social propia, cuyos altos se dedicarían a Aula de Cultura y Biblioteca pública. En la misma calle, una mañana del mes de mayo del año 1957 nació el Aula de Cultura de la Caja de Ahorros del Sureste de España, en la que un grupo de cehegineros y foráneos templaron las fibras de su ilusión y trabajaron por un proyecto multiplicador de la cultura en su ciudad, gracias al mecenazgo de la citada entidad, que apostó fuerte por nuestra tierra. Tal efeméride la recuerda la cruz procesional de plata oxidada que preside los cultos en el presbiterio de la Parroquia Mayor de Santa María Magdalena, que se donó en aquella ocasión.

El Aula de Cultura tenía dos facetas: hacia el público, desfilando por ella destacadas personalidades nacionales y provinciales, cuyos nombres no cito por innecesario y prolijo, pero siempre interesantes de escuchar; y hacia la ciudad, como centro de estudios locales, y ahora sí cito con emoción algunos de los nombres de aquellos magníficos compañeros que comprendieron la importancia de empezar a estudiar la psicología ceheginera.

A aquella empresa se incorporaron cehegineros y foráneos a quienes ahora quiero recordar: don Ginés de Paco, fray Juan Zarco, Francisco Ribes, Adolfo Mérida, Francisco Ortega Padilla, Joaquín Mínguez, Francisco de Sales Álvarez de Hita, José Luis López Fajardo, Antonio Espejo, Salvador Piñero, Ramón Moreno, Manuel Gea Rovira, Pedro López Sánchez, y otra lista de jóvenes entre los que figuran Salvador García Jiménez y Jesús Fernández Ciller, ávidos seguidores de aquella empresa. Un buen auxiliar de la memoria es la colección de la revista *Idealidad* que fue donada a la Biblioteca Municipal. Pero lo más importante es que se creó esa Aula, a modo de Centro de Estudios locales o mini-academia, con una Junta Rectora y miembros electos, numerarios y de honor entre los que se encontraban personalidades de la Universidad, periodismo, las Academias, etcétera..., y que visitaron Cehegín. Aquel complejo movimiento cultural llevó el nombre de don Román Bono Marín, relevante figura de Alicante que presidía la Caja de Ahorros y se volcó en que llegaran a ella, además, las mejores actuaciones musicales.

Aquellos miembros activos del Aula fueron ausentándose de la ciudad, el movimiento económico y comercial se trasladó a la Carretera de Murcia y la Gran Vía, por lo que la Caja siguió tales pasos; el edificio fue cedido como obra benéfica al Hospital de la Real Piedad por su estricto valor contable y las actividades culturales se llevaron a la Casa de la Cultura, según programas de colaboración. Todo esto es historia viva y bien pasada.

Fui sólo un modesto director o Jefe de Oficina que quiso cumplir con sus obligaciones para la entidad y para el vecindario. Circunstancias especiales me hicieron llevar a cabo la expansión en Caravaca, cuya jefatura tuve que asumir una temporada, y luego, ya por el año 1963, se me planteó el tema de ir a Murcia, como Subdelegado, con un amplio abanico de funciones que se me ampliaron al llevarse a cabo las fusiones que dieron lugar a la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, en la que me jubilé hace más de treinta años por razones de salud, pasando a vivir una vida apartada que no logré de momento pero que sí paulatinamente.

El ascenso dentro del organigrama directivo comportó su regreso a la capital de la provincia, aunque sin perder ya nunca el subyacente nexos con Cehegín ni aun

desmontar allí la casa familiar. En su hoja de servicios a la Caja constan desde la Subdirección Operativa y —como recuerda su texto en honor de Ortuño Palao— la Vicesecretaría del Consejo de Zona hasta la coordinación zonal de las Obras Sociales y Culturales, en plena consonancia con sus más íntimas inquietudes. Si obligación y devoción encontraron así un punto de confluencia, la vida privada, de acuerdo con lo apuntado antes, condicionó sobremanera, a través de fecundo impulso, esa dimensión literaria preoperante por específico genio natural; así, ennoviado con Rosario Hernández Espín, en la varias veces aducida *Crónica breve* nos refiere de qué forma se conocieron en el entorno hellinero de 1931 (para ir tendiendo hacia la fijación ceheginera), completada la remembranza por extenso ante Peñalver:

Ella y su madre iban todos los años a pasar una temporada [...]; el año 1936 les sorprendió allí el inicio de la Guerra civil; claro que después vinieron otros encuentros también allí, hasta que el año 1943 yo descubrí Cehegín.

Rosario y yo somos primos segundos. Su padre y mi madre, primos hermanos; hermano de su padre, el hoy Siervo de Dios Pedro Alcántara Hernández, que fue Cura Párroco en Cehegín durante los años 1910 al 1913. Con tal motivo el hermano, Pepe, que era un brillante Maestro superior formado en la Escuela Normal de Madrid venía a Cehegín (en donde luego fue Maestro) de vacaciones y se hizo novio de Juanita Espín, una bella y hacendosa ceheginera que estudió magisterio con las Hijas de la Caridad (aunque no ejerció). Este matrimonio iba todos los años a Hellín con la niña Rosarito a la casa matriz de los Hernández, donde nos conocimos y nos veíamos crecer. El año 1932, falleció el tío Pepe, y el 1933 fueron sin él, con aquellos lutos rigurosos. Volveríamos a vernos acabada la Guerra, ambos con 16 años y yo me la grabé en el corazón. Cartas, etc., y por fin, viviendo en Madrid, vine a Cehegín en la Navidad del año 1943. Nos casamos el día 1 de septiembre de 1947.

Mi suegra tenía un único hermano, Antonio, que se fue a Buenos Aires y allí contrajo matrimonio con una prima hermana, Emilia, hija de un hermano de su madre que ejerció como Farmacéutico. Hacía años que no se veían los dos hermanos y coincidiendo con la boda de Rosario y mía, quisieron que fuéramos y que nos quedáramos para trabajar, yo en su negocio de suela cortada. Y así comencé; pero mi suegra padecía una enfermedad hepática más grave que la diagnosticada aquí, se puso muy mal al llegar y me dijo que ella se quería morir en Cehegín, y que la enterraran con su marido. Y nos vinimos. Falleció a los tres meses de llegar.

Allí conocimos a muchos cehegineros que lo primero que nos preguntaban era por la Virgen de las Maravillas; si no le había sucedido nada durante la Guerra y

yo les hice el primer salmo de alabanza a los cehegineros por su Patrona. Cuando me incorporé a la vida local, mi primer escrito fue dedicado a la Virgen. Hasta hoy.

[...]

Fallecida mi suegra, Rosario estaba muy adelantada del embarazo de nuestra hija mayor, M^a Teresa, y quedó muy afectada; había que esperar acontecimientos. Por otro lado, teníamos unas propiedades rústicas que aunque cultivadas modestamente no se podían abandonar [...]; se abrió la oficina en Cehegín, como he contado, y me entregué en cuerpo y alma a la tarea de servir a los cehegineros.

Y en el mismo «Introito» antes alegado de *Cehegineros...* dejaba ya hecho hincapié en la relevancia de estos encuentros orientadores, además, de su atracción por la historiografía local:

Cuando llegué a Cehegín, por primera vez, en la Navidad de 1943, tras de unos ojos garzos, que llevaban alborotada mi adolescencia, se abrió ante los míos, entonces veinteañeros, como una caja de sorpresas. [...] Mis ojos, decía, se abrían al encanto y mis oídos a las curiosidades, pero eran otras historias y las que yo quería aprender por la presencia y factura de casas y linajes, de piedras tostadas al sol y caladas por las lluvias, no las contaba nadie y hube de ir haciendo preguntas, como puntadas y respingos en el cañamazo que busqué, ya que eran como celosías conventuales que celaran secretos [...].

Otra vez en el apunte biográfico de *Tú, acogedor...* se nos participa cómo «el año 1943 visitó Cehegín, población a la que quedaría vinculado, donde contrajo matrimonio y nacieron sus seis hijos; ciudad que le hizo Hijo Adoptivo en 1994 y Cronista Oficial en 2002»: vinculado afectivamente, por dicha boda en 1947 y su media docena de resultas (María Teresa, Juana, Aurelio, Rosario, Maravillas, Abraham Pío), pero también, según lo anticipado, laboralmente por su traslado del año 1949 para establecer sucursal allí; y aun vinculado, además, temáticamente, pues la mayor parte de sus publicaciones tendrían en lo sucesivo como protagonista histórica la localidad de acogida, una elección o propensión que justamente acabaría por granjearle la segunda de las distinciones supramentadas: en su última solapa, la del libro sobre *Ramón Chico de Guzmán (1843-1876): vida, verso y prosa* que firmamos de mancomún el año 2018, a modo de resumen se nos recuerda cómo «ha dedicado setenta años al estudio y divulgación de la citada ciudad, traducido en trabajos y monografías publicadas en diversos medios», cosecha tan pingüe como para abonar sin hipérbole lo proclamado por

Melgares Guerrero en las páginas de la revista de historia *Alquiper*: «Don Abraham Ruiz, un lujo para Cehegín». Por esta vía, excediendo la repercusión local, concurrió a las actividades de la Asociación de Cronistas Oficiales de la Región de Murcia, así como de la Real Asociación Española de Cronistas Oficiales. Pero, mucho antes, otro ámbito corporativo —el primero en ofrecerle hospitalidad— donde Ruiz Jiménez había desplegado y difundido ya su quehacer investigador era el de la Academia Alfonso X el Sabio, que, por la afectuosa mediación de Juan Barceló, su secretario de entonces, le abriera sus puertas como miembro correspondiente en los albores del año 1983: el catedrático de la Escuela de Magisterio quiso en realidad hacerlo académico de número, pero Abraham, nada pagado de sí mismo, prudente para el amor propio, rehúso, elegante y evangélico a un tiempo, ocupar los primeros puestos para tenerse por bien lisonjeado con un asiento menos ostentoso... Por lo demás —seguimos a vueltas con las cubiertas o camisas de algunas de sus obras—,

Fue Óscar de Oro de la Comunicación en 1975 y Liderman Internacional en 1989.

Le fueron impuestas la Beca de Honor del Colegio Mayor Universitario Cardenal Belluga, de Murcia, y las insignias de Oro de varias entidades socioculturales, de los Ayuntamientos de Bullas, Hellín y Cehegín, así como de la Junta de Cofradías de la Semana Santa de Cieza.

Profeso seglar de la Orden de Predicadores (Dominicos) desde el año 1944.

[...]

Título de Benemerencia con Medalla de Plata de la Societá Dante Alighieri-Roma (18-01-1983).

[...] Es también Cronista de la Cofradía de Caballeros y Damas del Santo Sepulcro de Cehegín. «Ceheginero Destacado» por la Fundación Alfonso Ortega, Cehegín, 2012, y Hermano Honorario de la Hermandad de la Virgen de las Maravillas, año 2015.

Mas tengo para mí que en esta hora, como pompas que son, estallan y se desvanecen todos esos títulos y honores. Así, la prez académica, el público reconocimiento, el éxito profesional se quedan gongorinamente *en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada...*, conforme nos avisa paralelo el sepulcro toledano del en vida excelso cardenal Portocarrero: «hic iacet pulvis, cinis et nihil»... Tan solo un timbre viene a importar ya en este trance y Abraham se lo ganó, no a pulso, porque apenas parecía suponerle esfuerzo, pero sí con aplicación

y entrega: el de hombre bueno, el de esa su constitucional bonhomía por encima de logros científicos puesta de relieve, hasta casi agotar toda ponderación, por Barceló en «Lo que no se dijo del Cronista Oficial de Cehegín».

Y, pues tras ello poco o nada se podrá añadir de mayor fuste, bien me gustaría redondear así esta semblanza pergeñada sin esquema y de corrido, pero aún nos resta —y es deuda que se le debe— atender a su producción literaria. Ya se nos ha hecho manifiesto con cuánta precocidad allá «en su adolescencia comenzó a publicar» y que *periódicos* y *agencias*, por una parte, y *revistas de apostolado y literatura*, por otra, alojaron *los partos de su pluma* —según diría alguno de esos personajes decimonónicos que tanto le engolosinaban—. Indeleblemente satisfactorio le fue participar con regular cadencia en la revista *Idealidad*, órgano cultural de la Caja entre 1952 y 1989, a cuya misión y preocupación en este sentido afin con lo social nunca rehusó adherirse; antes bien, hizo notorio el apasionamiento con que en tales empresas se implicaba, excediendo con mucho las obligaciones de los cargos que sirviera. A partir de la madurez, los contenidos de su obra propendieron hacia el campo histórico, abrazando Cehegín y el siglo XIX como asuntos cardinales, aunque no únicos, de su interés, con siluetas cuales las del obispo Caparrós, por supuesto Chico de Guzmán, el patricio Álvarez Castellanos, el Conde de Campillos o el cura de almas don Cayo Ortega entre lo que más grato le resultó inquirir y contornear.

Si bien han ido apareciendo a lo largo de las precedentes líneas algunas de las publicaciones del modesto autor —porque modestamente se miró y consideró siempre en su faceta autorial, como en todas—, no estará de más acometer un repaso selecto, por fatalmente incompleto, de su bibliografía, ordenada con arreglo a cronológico criterio y prescindiendo de numerosísimos artículos en las planas de *Alquipir*, *El Periódico de Cehegín*, *Begastri Press*, los libros de las fiestas locales, etcétera: *El obispo Caparrós y López: apuntes para una biografía y una época* (Gráficas Honor, Cehegín, 1961), *Cehegín en su transformación* (Nogués, Murcia, 1968), *De la ópera ceheginera* (Cuadernos Murcianos, Murcia, 1980, con reedición a cargo del Ayuntamiento de Cehegín en 2003), *Pregón de Navidad en Murcia* (Asociación de Belenistas de Murcia, Murcia, 1983), *Pregón de Navidad en Cartagena* (Asociación Belenista de Cartagena, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, Cartagena, 1985), *Cehegineros en el siglo XIX* (Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1988), *Pregón a modo de concierto en clave de amor (pregón de la Semana Santa de Cehegín)* (Melgares, Cehegín, 1990), *Mis antepasados escritores* (Melgares Aguilar, Cehegín, 1996), *La Virgen de la Peña y su ermita-santuario (antiguo castillo en Canara)* (Melgares Aguilar, Cehegín, 2000), *En torno a la*

identidad de Cehegín (Ayuntamiento de Cehegín, Cehegín, 2002), *Tú, acogedor Cehegín, y otros temas* (Compobell, Murcia, 2003), *Cehegín: reseña histórica y artística* (Ayuntamiento de Cehegín, Cehegín, 2005), *Crónica breve de una familia extensa* (Melgares, Cehegín, 2010), *Evocación de una historia menor* (Fundación Alfonso Ortega, Cehegín, 2011), *Crónicas por la Virgen Maravillosa* (Melgares, Cehegín, 2014), *Romancillo en tono menor para una gratitud* (Hermandad de la Santísima Virgen de las Maravillas de Cehegín, Cehegín, 2015), *Ramón Chico de Guzmán (1843-1876): vida, verso y prosa* (Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 2018) y, apenas cinco meses antes de su óbito, *Una caja de versos* (Ayuntamiento de Cehegín, Cehegín, 2022). Secundó además las publicaciones de la Real Academia en *Homenaje al profesor Juan Barceló Jiménez* (1990), *Homenaje al profesor Juan García Abellán* (1991), *Homenaje al profesor Antonio de Hoyos* (1995), *Homenaje al académico José Antonio Molina Sánchez* (2006), *Homenaje al académico Manuel Muñoz Barberán* (2007), *Homenaje al académico Asensio Sáez* (2008) o el ya recurrente *Homenaje al académico Miguel Ortuño Palao* (2009). Cuenta con varias aportaciones a *Murcia, palmo a palmo: crónicas de las ciudades y pueblos de la Región*, de la Asociación de Cronistas Oficiales de la Región de Murcia (2000/3) o a *Murcia en el siglo XX: crónicas de los pueblos y ciudades de la Región* (2004), así como asistencias y contribuciones a sus anuales congresos temáticos: entre otros, *Historias de Los Alcázares: el mar y las huertas de la Región de Murcia* (2006), *Fajardos y marqueses de los Vélez* (2007), *Caravaca y la aparición de la Stma. y Vera Cruz* (2008), *Archena: 550 años de historia* (2013), *Los patronazgos en la Región de Murcia* (2013), *Del curandero al médico: historia de la medicina en la Región de Murcia* (2016) o *Historia de las bandas de música de la Región de Murcia* (2017). Y sin comedirse a la firma personal, suma además esa tarea echada sobre sí que a subrayar acude Barceló, la de «[...] entusiasta motivador cultural, dejando huellas de ello en Hellín, Murcia, Cehegín...», propincuo al *mecenas*, más obrero que capitalista, que en él ve Melgares. Mas en cuanto solamente al valor de tamaño caudal, con cuánta fineza supo calibrar el periodista García Martínez, quien acogiera a Abraham entre su *Gente de Murcia*, el temple de esa cofradía de recoletos custodios de la memoria en la que profesó...

Alguien tendrá que ocuparse de hacerles el monumento que se merecen. Son los que, como Abraham Ruiz Jiménez —tantos años en la CAM, tanto tiempo ahora disfrutando de su Cehegín—, procuran la recuperación (tan cívica) de personajes idos y olvidados. Digo cívica porque esa búsqueda es un servicio a la ciudadanía y a la pequeña historia. Abraham, ya jubilado, indaga en las personas y en las bibliotecas. Y acaba componiendo libros que dejan constancia de lo que no debe

perderse, por ser acervo de los pueblos y de sus gentes. Lo último salido de la pluma de Abraham es la edición no venal, y numerada del 1 al 200, de un libro titulado *Mis antepasados escritores*. Tiene gran mérito hacer estos trabajos a cargo de uno mismo. No es sólo el esfuerzo intelectual, sino su dación a la estampa.

En el tan generoso aporte del cronista de Cehegín a la revista anunciante de las fiestas septembrinas y maravillenses de 2017, bajo el rubro de «Julián, Julián y don Ramón», quiso encarecer una suerte de traspaso del testigo indagatorio en torno al prócer local Chico de Guzmán: «ahora, querido Julián, en el recuerdo de tu abuelo, mi amigo entrañable, estás incurso en la aventura de devolver a Cehegín la plenitud de aquella figura que yo descubrí y tú vas engarzando en oro fino»; semejante convergencia nuestra, la compartida dedicación al prohombre decimonónico, hubo de culminar en la aludida colectánea de artículos y otros acercamientos, desde páginas tuyas de 1965 hasta insistencias mías del propio 2018 en curso. A propósito de esta línea de investigación que ambos frecuentamos, de los dos obituarios que a Ramón Chico de Guzmán dedicara la prensa madrileña, venía uno firmado por su compañero José Fernández Bremón, bajo el encabezamiento de «Un amigo menos»: pues bien, no solo este me ha parecido bien cogerle en préstamo, sino que, de igual manera que he tomado ese su inicio o pórtico para el mío, quisiera copiar asimismo su final, en demanda de la elocuencia que a mí me falta, por mejor rendir ahora estas cuartillas... Tras enterarnos de su postrimero encuentro en la matritense Puerta del Sol apenas unos días antes del luctuoso desenlace, termina Bremón:

No olvidaré sus últimas palabras: «Que nos veamos pronto». Hoy resuenan en mi corazón con un eco misterioso y como una cita extraña que me hace reflexionar profundamente; repito sin querer aquella «última hora» y contesto sin vacilar: «Sí, nos veremos pronto ó tarde». Me lo dice el alma, rebelándose contra la idea de una ausencia eterna. No se pierde a las personas queridas de ese modo, ni desaparecen los amigos sin una larga y afectuosa despedida.

Con toda evidencia, se trata de dos casos no identificables a la vista de sus particulares circunstancias: Chico de Guzmán expiraba, apenas con treinta y tres años (asimismo el mes de su nacimiento, día 23) en la flor de su edad y carrera, mientras que reconocemos en Ruiz Jiménez *un varón logrado* —suya es la expresión— en años, obras y sabiduría; pero... también yo necesitaba, con todo, otra despedida más *larga y afectuosa* (y acaso deba contentarme con esta aquí

expirante), *que tenemos que hablar de muchas cosas, ceheginero del alma, ceheginero...*, sí: de árboles genealógicos y escudos heráldicos, de actas concejiles y libros parroquiales, de sueltos gacetilleros y cartas noticieras, del siglo XIX que amó y del XX que vivió de pleno, de comunes estimas y añoranzas personales, de los trabajos y los días...

Bibliografía

- Barceló Jiménez, Juan, «Lo que no se dijo del Cronista Oficial de Cehegín», en Antonio Abril Fernández (dir.), *Cehegín. Fiestas 2002. Del 8 al 14 de Septiembre*, Cehegín, Ayuntamiento de Cehegín, 2002, págs. 48-49.
- «Expediente académico de Abraham Ruiz Jiménez», en Archivo General de la Región de Murcia [ES.30030.AGRM/45.2.2.3.IAX,1683/9].
- Fernández Bremón, José, «Un amigo menos», *El Globo*, núm. 322, de 17-II-1876, pág. 1.
- García Martínez, José, *Gente de Murcia*, Murcia, Godoy, 1983.
- Melgares Guerrero, José Antonio, «Don Abraham Ruiz, un lujo para Cehegín», *Alquipir: Revista de Historia*, núm. 11, de 2001, págs. 6-9.
- Peñalver, Antonio, «Entrevista a D. Abraham Ruiz Jiménez», en *La Panorámica* (marzo de 2017): <https://www.lapanoramica.es/entrevista/entrevista-a-d-abraham-ruiz-jimenez-por-antonio-penalver/>
- Ruiz Jiménez, Abraham [Alcázar de Iranzo], «De la ópera ceheginera», *Cuadernos Murcianos*, núm. 34, de 1980, págs. 193-238.
- Cehegineros en el siglo XIX*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1988.
- Mis antepasados escritores*, Cehegín, P. A. Melgares Aguilar, 1996.
- Tú, acogedor Cehegín, y otros temas*, Murcia, Compobell, 2003.
- «El Condado de la Real Piedad, un título nobiliario encarnado en Cehegín, sujeto a muchos avatares» en Francisco Calvo García-Tornel (coord.), *Homenaje al académico Miguel Ortuño Palao*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 2009, págs. 307-316.
- Crónica breve de una familia extensa*, Cehegín, Imprenta Melgares, 2010.

- «El Aula de Cultura», en *La Panorámica*: <https://www.lapanoramica.es/noticia/el-aula-de-cultura-por-abraham-ruiz-jimenez-cronista-oficial-de-cehegin/>
- «Julián, Julián y don Ramón», en Ana María Molina López y Jesús de la Ossa Abril (coords.), *Cehegín 2017: fiestas patronales*, Cehegín, Ayuntamiento de Cehegín, 2017, págs. 106-107.
- [con Julián Gómez de Maya], *Ramón Chico de Guzmán (1843-1876): vida, verso y prosa*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 2018.
- Una caja de versos*, Cehegín, Ayuntamiento de Cehegín, 2022.